

## DE NUEVO SOBRE LOS LECTORES

ESCRIBI hace pocos días sobre la cantidad de lectores que un libro bueno podía encontrar en América Latina, o sea qué cantidad de ejemplares podría venderse de ese libro.

El total, según los cálculos de un representante de la editorial mejicana Fondo de Cultura Económica, difícilmente alcanzaba a ocho mil, y esto en una población de ciento treinta millones de habitantes. Agregaba a ese comentario el dato de que en Estados Unidos existen ocho mil bibliotecas públicas, tantas como lectores tiene América Latina. ¿Por qué esa enorme diferencia?

Se han dado muchas respuestas a esa pregunta. Una de las más exactas es sin duda la que afirma que en los pueblos en que domina la religión protestante, el número de lectores es siempre infinitamente mayor que en aquellos en que domina cualquiera otra religión. Esto se debe a que la iglesia evangélica obliga a sus fieles a leer la Biblia. Y esto, que puede parecer caprichoso o sectario, es una verdad demostrable. Por mi parte puedo contar un hecho muy curioso. Conoci hace tiempo, a una anciana de más de setenta años que fué acogida, de improviso, por la verdad evangélica. Era analfabeta. El pastor, de nacionalidad norteamericana, le regaló una Biblia y le dijo: "Para ser buena cristiana es necesario leer este libro". Y la buena viejecilla, que durante toda su vida no había sentido jamás el deseo o la necesidad de leer nada, aprendió a leer. Aun me parece que la veo, sentada al lado del brasero, con el libro sobre las rodillas y los anteojos cayéndosele de la nariz, media dormida y media despierta, deletreando los evangelios. Aprendió a leer y murió. El Señor debe tenerla a su diestra. Lo merecía.

Gracias a la lectura de un folleto enviado por la American Library Association (Asociación Americana de Bibliotecas) e intitulado "La Biblioteca Pública en Estados Unidos", he tenido otra confirmación de aquella verdad. El fundador de las bibliotecas públicas de Estados Unidos fué el reverendo Tomás Bray, fundador y secretario de la Sociedad para la Propagación del Evangelio, institución londinense. En 1696 el reverendo Tomás Bray vino a Estados Unidos en misión evangélica, misión que contaba, entre sus propósitos, el de establecer bibliotecas parroquiales que estuvieran abiertas al público. Su misión fué fructífera. Sir contar las que abrió en otros Estados; en el de Maryland abrió treinta de esas bibliotecas. Tal como a la viejecita de mi cuento Nuestro Señor tendrá a su diestra al reverendo Tomás Bray. También lo merecía.

El folleto citado, que es un extracto de la obra "The Public Library in the United States", del Dr. Arthur E. Hostwick, y que ha sido editado por el Comité de Cooperación Bibliotecaria con América Latina, contiene preciosos e interesantes datos sobre la forma en que funcionan las bibliotecas públicas de Estados Unidos, indica cuál es el espíritu que las dirige y cuál la obra que lentamente van realizando y han realizado.

Una idea de ese espíritu la encontramos en una de las primeras páginas del folleto. Allí se lee que la noción que de una biblioteca se tenía en la Edad Media, o sea la que sólo servía para conservar libros, no se aplica hoy sino a las grandes bibliotecas reservadas a los eruditos e investigadores. "Pero no puede aplicarse a la biblioteca pública destinada a proporcionar libros a los habitantes de una ciudad, distrito o región (o sea a varios distri-

tos) y cuyo objetivo es convertir al mayor número de no lectores en lectores. Mientras más pronto un tomo impreso se gasta en manos de ese público, mejor. Lo esencial del libro, o sea las ideas que su autor estampó en letras de molde, esas no se han gastado; siguen viviendo en otros ejemplares. En otras palabras, un libro moderno es un alma en infinidad de cuerpos".

Preciosas palabras,

Manuel ROJAS